

## ASPECTOS DEMOGRAFICOS DE AMERICA LATINA

por CARMEN MIRÓ

Aunque la autora señale que se trata de sus puntos de vista personales, los que no son necesariamente los de las Naciones Unidas, la autoridad de que está investida Carmen A. Miró dentro del campo de la demografía, basta para justificar la importancia e interés de esta monografía de CELADE que constituye el último análisis global realizado sobre este continente, al cual la autora llama "la región de más rápido crecimiento demográfico".

El breve estudio de los antecedentes históricos de la población de América Latina sirve para colocar claramente al lector frente a las nuevas condiciones que han producido la alta, y sin precedentes, tasa de crecimiento demográfico.

Según datos de Angel Rosenblat, el año del descubrimiento de América vivían en el territorio que hoy se conoce con el nombre de América Latina, algo más de 12 millones de indígenas. A. H. Carr-Saunders calculó que era de 11 millones en 1750, pese a haber recibido un número importante de inmigrantes de Europa y Africa. La mortalidad que trajo la guerra, los trabajos forzados, la exposición a nuevas enfermedades y el quebrantamiento del modo de vida, peculiares de la conquista y los primeros años de la colonia, se habrían reflejado en tal resultado. La población de América Latina comenzó a crecer lentamente a mediados del siglo XVIII, aumentando en alrededor de 50 millones de personas en los 150 años comprendidos entre 1750 y el comienzo de este siglo, o sea, con una tasa promedio anual del 1,2 por ciento.

Desde esa fecha la tasa de crecimiento promedio anual ha ido en aumento constante. En 1934, era de 1,8 por ciento; en 1951, del 2,2; en 1961, del 2,7 y en el año actual habría llegado al 3,1 por ciento.

Aunque Carr-Saunders estima que entre 1821 y 1932 ingresaron a los países latinoamericanos casi 13 millones de inmigrantes, aparte de que muchos de ellos regresaron a su país de origen, los movimientos migratorios disminuyeron significativamente después de 1930 y, además, el tamaño que ya habían adquirido las poblaciones receptoras hace que su impacto demográfico fuera reducido.

Por consiguiente, si se descarta la inmigración como un factor de importancia en el acelerado crecimiento, se llega lógicamente a la conclusión de que la evolución de la tasa de crecimiento es el resultado de la disparidad entre el número de nacimientos y el de defunciones.

En los países que hoy forman las regiones más desarrolladas, el descenso de la mortalidad se produjo estrechamente asociado a cambios en las estructuras socio-económicas; cambios que, naturalmente, también influyeron en la fecundidad.

En América Latina, en cambio, la mortalidad ha disminuido con resultados, en general espectaculares, a tal punto que CELADE ha estimado que la tasa bruta de mortalidad para la región era ya del orden del 11 al 13 por mil por año para el periodo 1960/1965. Un ejemplo puede subrayar esta signi-

ficativa diferencia. Se necesitaron 150 años para que en Inglaterra y Gales se redujera a la mitad el nivel de mortalidad de 33 por mil, que prevalecía a mediados del siglo XVIII. Costa Rica obtuvo el mismo resultado en sólo 20 años. Este hecho extraordinario por su velocidad, ha sido posible dadas las nuevas condiciones de interrelación de los países del mundo, que han facilitado la importación de técnicas médicas y de métodos modernos de control de las enfermedades y han dado acceso a los servicios de salud pública a grandes masas, sin que se haya producido un aumento igualmente importante en su nivel de vida. O sea, en América Latina las tendencias de la mortalidad han seguido, en gran medida, un curso independiente del desarrollo económico y social.

Resulta muy importante destacar este hecho en el que radica la diferencia fundamental de las condiciones prevalecientes en los países desarrollados y las que hoy imperan en América Latina. Por ello la fecundidad no ha respondido aún a las nuevas condiciones creadas por una mortalidad en descenso. En primer lugar, porque este es un fenómeno relativamente nuevo, aunque se haya propagado con gran rapidez, y en segundo, porque es requisito previo para que la tendencia descendente de la fecundidad adquiera impulso, que se produzcan algunos cambios fundamentales en las sociedades, por ejemplo, obtener niveles de instrucción más altos, una mayor urbanización y con ello un cambio en las actitudes tradicionales relativas a las ventajas de las familias numerosas, asociadas, por lo general, a una agricultura de subsistencia.

De este modo, la fecundidad ha permanecido, en general, en un nivel premoderno. CELADE estimó que la tasa bruta promedio de natalidad para la región, en el periodo 1960/1965 era del orden de 40-42 por mil por año, y de la comparación hecha por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), respecto de las tasas de natalidad de los 20 países en el periodo 1945/1950 con 1960/1965, se deduce que aunque éstas muestran una tendencia al descenso, éste es relativamente pequeño, contrariamente a lo que ocurre al examinar la evolución de la mortalidad.

La combinación de una mortalidad en descenso con una fecundidad alta no sólo produce los resultados descritos, sino que, además, genera una estructura por edad que se caracteriza por una alta proporción de niños y adultos jóvenes y un porcentaje relativamente pequeño de personas de 60 años y más. A esto contribuye no sólo la alta fecundidad, sino también el descenso de la mortalidad, ya que la mayor parte de las adiciones a la esperanza de vida al nacer resultan de reducciones del peligro de muerte, más entre los jóvenes que entre los viejos. Los datos del censo de 1960, indi-

can que de los 16 países de los cuales se cuenta con una información censal, en 11 de ellos la proporción de personas de 15 años y menos era superior al 45 por ciento; en otros 3, superior al 40 por ciento, y en sólo 2 inferior a este porcentaje.

Tal es el panorama general de la evolución y situación actual de la región en su conjunto. Hay, no obstante, diferencias significativas entre grupos de países que constituyen evidencia de un diferente grado de desarrollo en lo que, generalmente, se designa como la transición demográfica.

Carmen A. Miró ha clasificado los 20 países del Continente en cuatro grupos de acuerdo a este comportamiento demográfico diferencial, que aparece también asociado a otros índices socio-económicos, tales como grado de urbanización, nivel de alfabetismo, proporción de hombres trabajando en actividades primarias y monto del ingreso *per capita*.

Grupo I: Argentina y Uruguay, que representan el 10 por ciento de la población total de la región, y en los que tanto la fecundidad como la mortalidad han alcanzado niveles reducidos, con una tasa de crecimiento natural igualmente baja. Son también, los dos países con menores porcentajes de menores de 15 años, de analfabetos y de hombres en actividades primarias y con mayor porcentaje de urbanización y de ingreso *per capita*.

En el Grupo II, otros dos países: Cuba y Chile, representando el 7 por ciento de la población total. En ellos la mortalidad ha disminuido significativamente y se ha iniciado un lento descenso de la fecundidad. La tasa de crecimiento poblacional puede estimarse moderada y registran, después de los del Grupo I, los menores porcentajes de menores de 15 años, de analfabetos y de hombres en actividades primarias y los más altos grados de urbanización y los mayores ingresos *per capita*.

Bolivia y Haití constituyen el Grupo III, con una tasa de crecimiento también moderada (alrededor de 2,5 por ciento), debido a que la alta fecundidad se combina con una mortalidad en que el descenso ha sido menos importante. Estos países, que contienen sólo el 4 por ciento de la población de la región, tienen los índices más altos de analfabetismo; entre los más altos de hombres en actividades primarias, y los más bajos en urbanización y en ingresos *per capita*.

Los otros 14 países, con el 79 por ciento de la población total, constituyen el Grupo IV, y corresponden a la descripción general: mortalidad en rápido descenso, que ha llegado a niveles moderados y aun bajos, combinada con una fecundidad alta y relativamente estabilizada, lo que da origen a una tasa de crecimiento alta y en aceleración (alrededor de 3,0 por ciento, excediendo en pocos países de 3,5 por ciento). Sus porcentajes de menores de 15 años fluctúan entre más de 42 y más de 47 por ciento. Su porcentaje de urbanización no llega al 30 por ciento, salvo en Panamá; sus porcentajes de analfabetismo llegan hasta el 62 por ciento; los de hombres en actividades primarias son superiores al 55 por ciento, salvo en Venezuela, y sus ingresos *per capita* no llegan a los 380 dólares anuales, salvo en México y Venezuela.

Dos características comunes a la población latinoamericana, señala Carmen A. Miró: la desigual distribución geográfica y el rejuvenecimiento de la población al mismo tiempo que crece rápidamente la fuerza de trabajo.

Paradójicamente, a pesar de la rápida urbanización, América Latina continúa siendo, en general, un continente rural, con población altamente dispersa en grandes extensiones de territorio. Para 1960, las Naciones Unidas estimaron que el 68 por ciento de la población de la región vivía en lugares de menos de 20 mil habitantes. Del 32 por ciento restante casi un tercio estaba concentrado en cuatro grandes ciudades: Buenos Aires, México, Río de Janeiro y Sao Paulo, con casi 22 millones de habitantes.

Según un informe inédito preparado por CEPAL en colaboración con CELADE, en 1960 la fuerza de trabajo era del orden de los 68 millones y habrá aumentado a 122 millones para 1980. El proceso de rejuvenecimiento muestra su impacto en el hecho de que tenía menos de 20 años de edad el 95 por ciento de los 3,3 millones de personas que ingresaban anualmente a la fuerza de trabajo en 1966. Para 1980 serán 5 millones anuales y el porcentaje de los menores de 20 años será equivalente.

¿Qué pronósticos pueden razonablemente hacerse para lo futuro, respecto de la evolución de la población latinoamericana?

Desde luego es contrario a un punto de vista lógico o histórico aceptar que puedan continuar las tendencias que hasta ahora han prevalecido, o sea, que la mortalidad continúa en descenso cualesquiera sean las condiciones económico-sociales, o que, si éstas mejoran, no se produzca simultáneamente un descenso de la fecundidad.

Hay algunas evidencias de que ha disminuido la velocidad del descenso de la mortalidad; pero, es de la modificación de la variable fecundidad de la cual debe esperarse un comportamiento que produzca resultados plausibles.

Hay claros indicios de que tal modificación está en su etapa inicial y que la restricción voluntaria de la fecundidad parece estar siendo aceptada por varios grupos, pese a la organización relativamente tradicional que aún prevalece en la región. Además, en varios países, con apoyo gubernamental, se divulgan información y consejos y se prestan servicios de planificación familiar.

Si estos planes hacen posible un rápido descenso de la fecundidad y la mortalidad continúa en descenso, se llegaría al "crecimiento bajo", definido por las Naciones Unidas y cuyo resultado sería una población de 505 millones para el año 2000. Un descenso menos rápido de la fecundidad y la continuación del descenso de la mortalidad, nos llevaría al "crecimiento medio", con una población, para la región, de 612 millones de habitantes, a fines del siglo. Entre estos dos límites se encontraría el tamaño de la población de América Latina en los próximos 30 años.